

tanta frescura! ¿No sabes, pues, que la señorita Ellrich es uno de los mejores partidos de Berlín? ¿que el dioscecillo Amor anda ocupado en hacerte un regalo de dos millones de thalers? Te ha caído el premio gordo; me felicito de que el azar haya cogido por la mano, alguna vez había de ser, á un mocito como tú. En la esperanza que serás siempre el mismo para mí, aunque seas millonario, te envió mi cordial felicitación.—PABLO».

Guillermo se quedó tristemente impresionado. ¡Qué suerte que la carta no hubiese llegado antes! Hubiera quizá influido lo bastante en su conducta para poner en peligro sus relaciones con Loulou. Ahora que los Ellrich se habían marchado, la carta no podía por el momento hacer ningún daño.

II

Vanidad de vanidades

Una alegre concurrencia llenaba los salones de los Ellrich; al ver la fila de los espaciosos salones abiertos á los invitados, se pudiera más bien creer que se estaba en un castillo señorial, ya que nada recordaba la sencillez de una casa burguesa de Berlín. Los salones de recepción del consejero íntimo de comercio ocupaban el primer piso de la espaciosa casa de la calle Lennée. Por una escalera cubierta de tapices y cuyos descansillos adornaban jarros de flores y candelabros, se llegaba á un vestíbulo espacioso, y desde allí, por una puerta abierta de par en par, á la gran sala del medio que tenía cuatro balcones; allí, enormes espejos con grandes marcos dorados reflejaban en una perspectiva sin fin la monumental chimenea de mármol, con sus adornos y sus jarrones chinos de bronce, las flores multicolores de vidrio de dos lustros de Venecia, el techo que representaba á Apolo en su carro rodeado por las Horas; las sillas pequeñas de seda roja con maderas doradas, alineadas á lo largo de las paredes, las ramas espesas de tuyas y de palmeras en los ángulos y las innumerables bujías de

cera en los candelabros de bronce dorado. A la derecha, una puerta de dos hojas, recubierta de espejos, conducía á un saloncito reservado; una tupida alfombra cubría el piso; viejos tapices de los Gobelinos colgaban á lo largo de las paredes y de las puertas. Había esparcidas por el salón mesas de mosaico, de ébano, con pies imitando trompas de elefante, y sillas de seda, de terciopelo, de todas las formas. Una puerta vidriera, medio oculta por un portier, permitía ver un jardín de invierno débilmente alumbrado y cubierto de plantas fantásticas, dispuestas en parterres, bosquecillos y en jarrones. A la izquierda del salón del medio se hallaba el comedor, sobre cuyas paredes blancas unas ligeras varillas doradas formaban múltiples cuadraditos, que adornaban numerosos y alegres cuadros, representando, en forma de mujeres, las distintas especies de vinos con sus atributos simbólicos; en los dos extremos, un inmenso calorífero de porcelana blanca y un *buffet* de estilo análogo. Desde allí se entraba en el saloncito oriental para fumar, adornado con tapices de Smyrna, con divanes bajos y taburetes de nácar y con un techo de estalactitas de donde pendían linternas con vasos de colores; allí había para los señores de edad que deseaban entregarse á varios vicios á la vez, al lado de veladores cubiertos de cajas de cigarros, algunas mesas de juego.

El mobiliario de todas estas habitaciones era rico sin exageración, de buen gusto sin afectación, cualidad que no se encontraba entonces con frecuencia en Alemania ni aun en los palacios de los príncipes. Únicamente un espíritu delicado hubiera podido echar de ver una falta de armonía en el estilo de las diversas habitaciones; este defecto les daba más bien el carácter de un museo de artes

industriales que el de una morada burguesa bien entendida, de hijos civilizados de una época y de un país determinados. Pero el señor Ellrich era inocente de esta ligera imperfección; nada había escogido ni había indicado por él mismo; todo había venido de París y lo había arreglado un tapicero parisiense; y una de las mayores felicidades de la vida del señor consejero íntimo la había constituido el elogio que el conde Benedetti, embajador de Francia, le había dirigido un año antes, en el primer baile dado con motivo del regreso de Loulou de Inglaterra: «Le parece á uno encontrarse, le dijo el embajador, en un hotel histórico del *fau-bourg Saint-Germain*. Esto tiene un sello completamente parisiense, caballero; completamente parisiense».

Se festejaba aquella noche de San Silvestre en la morada de los Ellrich el fin del año; la burguesía alemana, aun la más rica, no se eleva sino poco á poco á formas sociales más depuradas; y no practica todavía sin cierta incertidumbre el arte del buen tono; no encuentra en su civilización una tradición firme é interrumpida que pueda suministrarle las reglas de la vida elegante, y se ve, pues, reducida á su propio tacto, que no está siempre bastante desarrollado, ó á la imitación, con frecuencia torpe, de las costumbres extranjeras ó aristocráticas mal observadas. El señor Ellrich, que gustaba de la pompa y del boato, no comprendía que la entrada de año pueda ser festejada en la intimidad, y había invitado á esta *soirée* á toda la sociedad elegante con la que estaba relacionado. En el salón principal, al lado de la chimenea, se había sentado la señora consejera íntima, con traje de seda rojo, con plumas de avestruz en los cabellos y cuajada de brillantes; pero no per-

manecía como un ídolo, sino, por el contrario, se mostraba amable y de fácil acogida, como de ordinario; á su alrededor se habían agrupado en unos sillones unas cuantas señoras, que, por confesión propia, habían pasado de la edad del baile; entre ellas se contaban las mujeres de oficiales ó de funcionarios civiles superiores, que se reconocían por sus tocados más sencillos y sus trajes, para ojos expertos un poco anticuados, mientras que las damas de la alta banca se distinguían por el implacable modernismo de sus vestidos y la riqueza de sus prendidos. Aquéllas reemplazaban por la tiesura de su dignidad y la arrogante conciencia de su rango lo que les faltaba en signos exteriores de valor comercial; éstas, por el contrario, se encontraban bastante clasificadas con sus diamantes, perlas, sederías y encajes, y sin temor de ser menospreciadas, hacían gala de una afabilidad universal, rayana en la familiaridad. Entre los hombres, eran sobre todo los militares los que tenían vara alta; las pocas cadenillas que sujetaban condecoraciones minúsculas en la solapa de los fraacs del elemento civil, se eclipsaban con desesperación ante el esplendor de las pesadas charreteras de los oficiales superiores y generales, y ante las condecoraciones y medallas de gran tamaño, de ordenanza, sobre los uniformes multicolores.

El señor Ellrich iba sin cesar de un grupo á otro, como anfitrión amable, pero sin precipitación exagerada; sus ojos de un azul pálido miraban fríamente, y, como siempre, algo cansados, sin participar de la sonrisa trivial que se deslizaba por los labios tan superficialmente, que ni siquiera podía borrar el sello de indiferencia habitual. Las palabras que, con negligencia, salían de sus labios eran poco calurosas, aunque fuesen dirigidas al

ministro de Hacienda y á los otros excelentísimos señores allí presentes; y aunque en él nada fuese arrogante, sin embargo, podía notarse que jamás perdía ante nadie el recuerdo, que había llegado á ser instintivo, de sus millones; recuerdo que se había trocado en un respeto orgánico hacia sí mismo que le impedía desde luego doblar el espinazo ó bajar la voz ante nadie, fuera quien fuese.

La concurrencia conversaba á su sabor y hacía con frecuencia honor á los refrescos exquisitos que unos lacayos, correctos en su librea, iban circulando sin interrupción. El salón de baile ofrecía un cuadro animado: sobre el piso lustroso como un espejo, un enjambre de solteras y casadas con trajes claros volaban del brazo ó casi en los brazos de elegantes caballeros, oficiales más de la mitad, arrastrados por los acordes delirantes de la música de Offenbach, que una orquesta escogida, aunque poco numerosa, ejecutaba con ardor infernal desde un estrado bajo, cerca de la puerta del comedor. Era un espectáculo que emocionaba y deslumbraba seguir con la vista las series de parejas que arrastraba en un torbellino, como enloquecidas, el galope del vals; y ante la vista seducida se desarrollaba una visión digna del paraíso de Mahoma, al ver pasar ante los inmensos espejos las gallardas figuras de las parejas, con los ojos negros ó azules que brillaban, las mejillas ardorosas, los senos agitados, los labios húmedos y entreabiertos, deslizándose rápidamente para volver siempre en nuevas perspectivas, sin cesar transformadas; golpe de vista verdaderamente encantador y maravilloso como un juego de sílfides en un rayo de sol. El ardor de los bailarines era incomparable; fuera de las pausas, ninguna dama podía sentarse ni por un minuto en las sillas doradas sin sentirse en se-

guida arrastrada por un brazo vigoroso en el torbellino del baile. En los marcos de las ventanas y en las puertas de los salones vecinos, algunos señores ancianos se contentaban disfrutando con la vista de todo aquello, y entre ellos Guillermo Eynhardt, la espalda apoyada contra una ventana, permanecía solo, tan ventajosamente colocado en aquel marco formado por las colgaduras flotantes de seda roja, que hubiera podido sospecharse, si de otro se tratara, que era una postura adoptada de intento. Sus rizos habían caído bajo la tijera, y su abundante cabellera oscura comenzaba apenas á crecer de nuevo; aparte esto, nada había en él cambiado desde Hornberg. Sus negros ojos, que velaba una ligera melancolía, se posaban pensativos en el cuadro animado que tenía delante, y se parecía en aquel momento más bien al joven mártir cristiano, que al hermoso adolescente de la antigüedad. La embriaguez de la fiesta se había apoderado tan poco todavía de él, que ni siquiera pensaba en llevar con el pie ó con la cabeza el compás de aquella música endiablada del seductor parisiense.

Era la primera vez en su vida que Guillermo concurría en medio de una sociedad elegante, á una fiesta del gran mundo, y también por primera vez llevaba el frac; al verle, nadie lo hubiera dicho; nada había en él de embarazo, ni se notaba en su persona vestigio ninguno del malestar ni de la timidez que los hombres más distinguidos tienen que combatir cuando se encuentran en un medio y en una actitud á que no están acostumbrados. Se mostraba en aquel traje de salón con la seguridad natural y la confianza en sí mismo de un diplomático encanecido en los salones; el secreto de esta actitud era sencillamente su indiferencia por la opinión; nunca había pensado en preguntarse:

¿Qué tal me sienta el traje? ¿no me falta nada? ¿no puedo arreglarme de un modo que más me favorezca? Por esta razón se encontraba tan á gusto con su frac como con su chaqueta de estudiante. Tenía esa elegancia que un hombre de desarrollo posee siempre en la edad del florecimiento, cuando abandona su cuerpo á los impulsos motores instintivos, sin turbar ni embarazar su juego natural por el ansioso deseo de observarse y resultar mejor, y así no le intimidaban, á pesar de sus charreteras, condecoraciones y títulos, los hombres que revoloteaban como copos de nieve. Lo que le preservaba al joven desconocido y sin nombre de creerse más pequeño que los otros en medio de aquella reunión, en la cual cada uno personificaba un alto rango ó una gran fortuna, era un sentimiento complejo, que exige una breve explicación.

Provenía ante todo de las impresiones recibidas durante sus años infantiles, pasados en el extranjero, en medio de un pueblo que su padre consideraba como absolutamente inferior. Naturalmente, esa opinión había llegado á ser la suya: en Moseou había visto con frecuencia á altos personajes con charreteras más grandes y más cruces todavía que los de allí; pero siempre había pensado al verlos: «Sin embargo, no son más que rusos semibárbaros; y yo, aunque no tengo un cordoncillo dorado en cada costura, soy un alemán». Desde entonces había quedado en él asociada la comparación entre los uniformes y otros signos exteriores de las distinciones honoríficas, y la noción de una barbarie vanidosa, de la cual un europeo de cultura superior debía reírse. Más tarde se había acostumbrado á ver en el rango y en el título una especie de disfraz de ocasión, que el Estado concede á ciertas personas para servirse de ellas tempo-

ralmente, como el atrezzista de los teatros alquila sus trajes á los comparsas, y estaba absolutamente convencido de que era necesario ser un cándido labrador de las últimas galerías, para mirar con admiración á un hombre que en la escena se pavonea con un traje de púrpura y oropel.

Guillermo no parecía divertirse. Su mirada, poco alegre, seguía en el torbellino del baile á una sola cabecita morena, que adornaba una rosa amarilla; Loulou, naturalmente era ella; estaba encantadora con su traje de crespón de seda de color crema, cuyos bajos dejaban entrever el extremo de sus pies breves, aprisionados en zapatitos de satén amarillo pálido, que parecían jugar al escondite; parecía completamente feliz; bailaba con una gracia y una ligereza encantadoras, y desplegaba una perseverancia que hubiera causado la admiración de los gimnastas de profesión y de los andarines. Ni la concedían ni se concedía ella misma un sólo instante de respiro, y como hija festejada de la casa, pasaba alternativamente de unos brazos á otros, esforzándose en disgustar lo menos posible por sus negativas. A pesar de esto, Guillermo no tenía ningún motivo de estar celoso, porque los brillantes ojos de Loulou le buscaban constantemente, y cada vez que pasaba bailando por delante de él, una mirada eléctrica y una dulce sonrisa le decían que no pensaba en el caballero con el cual iba valsando en aquel momento, aunque llevase la cabeza erguida como un conquistador ó la inclinase sentimentalmente, ni más ni menos que en los músicos que tocaban el escándalo olímpico de Orfeo en los infiernos; sus miradas le indicaban á Guillermo que en el espacioso salón y en todos los espejos no veía más que á un solo sér: al hermoso joven que estaba de pie en el marco de la ventana,

destacándose sobre las colgaduras de seda roja. Durante las raras pausas, corría á su lado y le dirigía unas palabras rápidas, casi siempre las mismas: «¡Ah! Este ó el otro me hacen la corte; es para morir de risa. ¡Ah! ¡Qué lástima que no bailes; si vieras qué sensación producirías! ¡Ah! ¡Si supieras cómo sueña contigo la señorita tal y cómo se resienten todas las señoras porque no te ocupas de ellas!» Guillermo se contentaba con agradecerla estas frases con una dulce sonrisa, le apretaba furtivamente, cuando podía, el extremo de los dedos, y continuaba al lado de la ventana.

Además de Loulou había en el salón alguien, cuyas miradas se volvían sin cesar hacia Guillermo: era su amigo Pablo Haber, que, presentado por él, había sido distinguido con una invitación. Pablo parecía penetrado de orgullo, y solemne: con su corta cabellera bien peinada, dividida desde la frente hasta la nuca por una raya ideal, su bigote rubio retorcido, con aires de conquistador; en el ojal llevaba el lazo de la medalla de la guerra de 1866—no tenía otra—y cuando los espejos reflejaban su imagen, podía decirse con alguna satisfacción que realmente tenía más aspecto de oficial que los oficiales de verdad que allí había de uniforme, sin exceptuar siquiera á los de la Guardia. Desde la campaña de 1866, que habían hecho en la misma compañía, Pablo había profesado á Guillermo una amistad fiel, y en aquella *soirée* su respeto por el poseedor reconocido de uno de los más ricos partidos de Berlín y su agradecimiento por la introducción, que debía á su amigo, en aquella suntuosa morada, habían elevado sus sentimientos hacia su compañero hasta la más exquisita ternura. Aunque muy ocupado de sí mismo y de sus parejas, reservaba todavía bastante aten-

ción á Guillermo para ver que permanecía solo en el marco de la ventana, frío en medio de los nervios sobrecitados de la concurrencia en fiesta y melancólico en medio de la multitud de rostros juveniles que hermozeaba una sonrisa feliz.

Esta disposición de espíritu y aquel aislamiento le conmovían, y consideró como un deber acompañar un rato á su amigo; no sin esforzarse algo, dejó pasar un número de baile y se adelantó hacia Guillermo.

—¡Qué lástima que no bailes!

—Precisamente es lo que me ha dicho la señorita Ellrich—replicó Guillermo con una ligera sonrisa.

—Y tiene mil veces razón. Estás ahí, en este momento, como un hombre sediento al borde de una fuente deliciosa y que no puede beber: ¡un verdadero Tántalo!

—Tu imagen no es exacta: lo que ahí veo no me produce de ningún modo el efecto de una fuente deliciosa, y no tengo sed alguna.

Pablo le miró sorprendido.

—Eres, sin embargo, un hombre de carne y hueso, y todas estas encantadoras muchachas deben constituir también un deleite para tus ojos.

—Ya sabes que sólo una me interesa aquí, y á ésta la veo ordinariamente en circunstancias más favorables.

—Eso es lo que admito con dificultad. No lleva siempre un traje tan seductor, y es imposible que sus ojos brillen de un modo tan encantador cuando la música, el baile y el resplandor de las luces no los exciten; y verla así en los brazos de otros... Precisamente por eso es por lo que digo es lástima que no bailes.

—No es eso. Veo habitualmente á esa hermosa

niña ocupada en cosas más inteligentes, y me aflige verla descender de un grado en la existencia.

—Pues si es así, no digo nada: hasta ahora he tenido la candidez de creer que precisamente en los salones era donde se admiraban las formas superiores, y que una noble sociabilidad era la flor de la civilización.

—Esos son puntos de vista que divulgan los elegantes habilidosos para excusar á sus ojos, como á los ojos de los demás, su frivolidad. Lo que atrae aquí á los grandes señores son los instintos inferiores, de lo que podrías convencerte en seguida, si no te dejaras impresionar por las formas pretenciosamente armoniosas y fueras derecho á lo que se esconde tras de todo eso. Llamas á eso las formas superiores de la existencia; á mí me parecen sus formas inferiores. Mira; estimo que el hombre civilizado, abandonándose á este género de sociabilidad de salón, vuelve á la condición del salvaje y hasta á la del animal.

—¡Bravo! Guillermo, continúa, eso parece muy divertido.

—Búrlate cuanto quieras. Creo, sin embargo, que esto es exacto. Trata de ver si adivinas lo que pasa en este momento en el cerebro de todas estas gentes: su actividad cerebral superior, es decir, lo que les distingue del bruto, se ha paralizado; no piensan, tienen sólo sensaciones; los viejos gozan con sus cigarros, los helados, la perspectiva de la cena; los jóvenes se animan agradablemente al contacto de las damiselas. Las damas tratan de encender en sus parejas y adoradores sentimientos y deseos. Así, en todo esto, nada más que vanidad, egoísmo, sensualidad, satisfacción del paladar y del estómago, en una palabra, de todos los órganos groseros. Todo esto es accesible no sólo á los sal-

vajes, sino á los animales, que también gozan pensando en una buena comida y se complacen en las juguetonas contiendas y en las sollicitaciones amorosas de los dos sexos. Las gentes de salón me hacen el mismo efecto que los animales á los cuales se han sustraído los hemisferios cerebrales para hacer una experiencia científica, y que sin embargo continúan viviendo con ayuda de los centros vegetativos: estimo que el desarrollo de nuestros hemisferios cerebrales es una conquista demasiado gloriosa del trabajo intelectual de la humanidad durante millares de años, para no sentirse apenado viendo relegado el ejercicio de su actividad.

—Me gusta mucho oírte, y por eso no te interrumpo ni siquiera cuando dices disparates tremendos. ¿Cómo puede, si no, dar uno tantas vueltas á su magín, porque precisamente hombres muy distinguidos quieren descansar un poco en los placeres de los salones de las fatigas de sus trabajos intelectuales? Me seduce esta inocente alegría que nos hace olvidar todas nuestras preocupaciones; es la que nos libra momentáneamente de la estrechez de nuestra profesión y de nuestra suerte accidental. Así yo, pobre diablo, me encuentro aquí bajo un pie de igualdad con el ministro, y como él, busco las mismas emociones en hermosos ojos.

—Pero esa dulce alegría de que hablas es precisamente la característica de la vida vegetativa del salvaje y del animal; la alegría es el estado natural de los seres inferiores cuando tienen la barriga llena y no temen ningún peligro; los escultores antiguos representan siempre al hombre con una sonrisa de idiota en los labios: mira los Eginetas. El hombre refinado, por el contrario, tiene el privilegio de poder permanecer serio y reflexivo hasta cuando tiene el vientre lleno y no teme nada,

porque fuera de la satisfacción de las necesidades del cuerpo, siente todavía otros anhelos y otras aspiraciones.

—Por fin te comprendo; tu ideal artístico es el *Penseroso*; no consideras como sér completo sino al que puede probarte que no pierde nunca de vista el problema de la *Cosa en sí*.

—Expresas eso en forma cómica; pero es precisamente lo que pienso: no olvido que cuanto de animalidad ha quedado en nosotros, quiere naturalmente ser satisfecha; pero no me gusta presentir el atracón de la bestia. Recrearse tras una dura labor intelectual es, según tu idea, descender por algunas horas á la animalidad, después de haber sido hombre todo el día; pues, bien, prefiero por mi parte asistir al penoso período ascendente, mejor que al del perezoso retroceso á la animalidad. Si quisiera poseer una estatua tuya, preferiría tenerla bajo los rasgos del *Penseroso* más bien que bajo los de bebedor ó de tragantón, ó bien bajo la máscara que sonrío tontamente de un Egineta satisfecho y estúpido.

—Bueno, pues entonces suprimamos el comer, el beber, el baile y otras funciones y necesidades que constituyen para nosotros los últimos vestigios de la barbarie y de la bestialidad de origen, é introduzcamos en su lugar la filosofía obligatoria y universal. ¡Ah! Tú eres el mismo de siempre; porque se necesita ser tú para considerar una *soirée* de banquero berlinés *sub specie eternitatis*. Será necesario que te concedan privilegio de invención.

—Amigo mío, tus chistes no son argumentos. Lo que te digo es muy serio, y me siento penetrado de una real y verdadera tristeza al ver á Loulou y á los demás jugar á nuestro alrededor como verdaderas bestiecillas indolentes.

—Voy ahora, como quien no dice nada, á hablarte en serio y á mostrarte la cosa bajo otro aspecto. ¿No consideras que esto constituye un estímulo de primer orden para un joven laborioso y sin posición, el codearse en la misma habitación con hombres que llevan los signos visibles del favor del Rey y de la estima de sus conciudadanos? ¿No constituye un gran provecho para él, verles, oírles hablar, y aun acaso atraerse su atención? El ejemplo de la consideración que les rodea, ¿no es bueno para estimularle y excitarle á hacer un día lo que ellos han hecho? Su trato, ¿no ha de poder ser útil?

Guillermo meneó la cabeza.

—No; los hombres distinguidos que charlan á nuestro lado, ó que juegan á la baraja, son más notables en las obras vivas de su espíritu. No llegan á emocionarme aquí, porque se han despojado de su originalidad, la cualidad que les hace ser hombres eminentes; todas estas grandes figuras se empequeñecen á mis ojos cuando las veo, hombres de Estado, generales, representantes del pueblo, reirse vulgarmente, charlar y jugar á las cartas, como hacen los vulgares filisteos aficionados á la cerveza blanca, después de haber cerrado sus tiendas.

Pablo no encontró en seguida la contestación, ni le quedó siquiera tiempo para buscarla, porque al mismo tiempo se paró la orquesta, concluyó el baile y se produjo un gran movimiento, que les impidió continuar su conversación.

Los caballeros que salían del salón y del saloncito de fumar vinieron á mezclarse con el elemento joven, y Pablo, deslizándose hábilmente á través de los grupos, fué á ponerse al lado de una joven fresca y bonita, pero de aspecto insignificante, que

parecía gustarle más que las otras, y con la cual había ya bailado varias veces.

Guillermo se puso en busca de Loulou; en vez de ella encontró en su sitio á su madre, que le dirigió algunas corteses palabras, no muy ingeniosas, pero impregnadas en muy buenos deseos.

—¿Se divierte usted mucho, Eynhardt?—le preguntó la mujer del consejero íntimo, dirigiéndole una mirada benévola y casi tierna.

Guillermo, que por nada de este mundo hubiera querido entristecerla, inclinóse, por toda contestación, sobre su mano regordita y se la besó. Un silencio que se produjo de pronto le dispensó de contestar de otro modo. Vióse entrar al mismo tiempo por las cuatro puertas del salón á los criados, llevando en una mano una bandeja llena de copas y en la otra una botella de Champagne. Loulou, que permanecía al lado de la chimenea, respondía distraídamente á varios caballeros que la dirigían galantes palabras y seguía atentamente la marcha de las agujas del reloj; hizo un gesto imperceptible con la mano, y un criado se aproximó á ella; en seguida cogió una copa en que espumaba el generoso vino, y al sonar las doce exclamó: «¡Feliz año, feliz año!» Cada invitado, apoderándose de una copa, respondió: «¡Feliz año!» chocando ruidosamente su vaso con el del vecino. Loulou corrió hacia su padre para ser la primera en brindar con él; este depositó un beso en su frente ruborosa y la despidió luego con ternura paternal. Loulou se volvió hacia su madre, que la estrechó entre sus brazos y la besó en las dos mejillas. La tercera persona con quien brindó fué Guillermo, que estaba al lado de su madre; no era aquel el momento de cambiar una palabra, pero sus miradas se encontraron y de cada una surgió un relám-